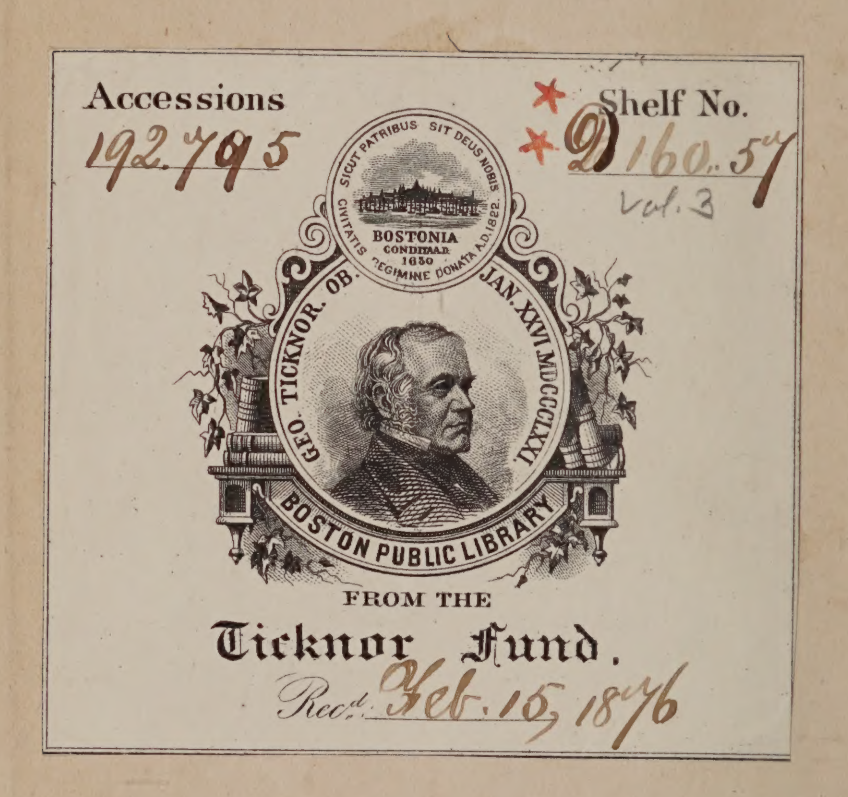



Accessions
192.795
Shelf No.
D.160.57
Vol. 3
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd. Feb. 15, 1876

POESÍAS

DE

D. José Zorrilla.



Madrid: 1838.

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO III.



MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

Á ROMA.

Aún niño, me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para fingirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, puentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido;
Y todo confundido
Como los dias de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebata impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
Á impulso de mi jóven fantasía
Volé desatentado
Á ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moria.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
Á sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,
Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano
Con insolente mano
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿En dónde oculta ahora
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó estan los ciudadanos
Que nacian señores de la tierra,
Vasallos soberanos
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó estan esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecian
Y por altas razones
Á las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querian?

¿Dó estan esos valientes
Á quien seguian miles de soldados
Á avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caida,
Aquella multitud que iba serena
Á tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,
Pues la prez que te diste
Velarte no supiste,
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
Á un César un puñal y una corona,
Su raza entronizada
En tu cerviz hollada
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
Tus matronas tomó por concubinas,
Por eso á sus legiones
Con tan torpes lecciones
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura
Contando como perros sus vasallos,
Quisiera en su locura
Esa progenie impura
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores
Coronada la sien iban beodos
Esos emperadores
Los crímenes mayores
Á presenciar para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,
Mientras Neron al resplandor cantaba,
Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morian inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras
En dobladas hileras
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente
Tras el pendon del Redentor divino
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde
Tu hora fatal atentos esperaban
¡Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
Imperio devastaron,
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquila
cuanta pompa en tí vieron,
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

"¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
» ¡Cebaos ahí en carne de villanos!"
Gritaba de ira ciego;
"¡Que no se encuentre luego
» Uno con libertad de esos romanos!

» Sangre á beber vinimos;
»¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
»¡Do quiera que estuvimos
»Que muestre que vencimos
»La marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
»¡Sangre, lebreles! si sus dioses hallo,
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los pies á mi caballo.”

Y asi Atila clamando
Giró en carrera rápida y violenta
Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,
Festin de sangre en tu recinto dieron!
¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botin de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel dia
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién como tú gemia
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente
Víctima del furor de tus tiranos
Enjugó diligente
El sudor de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura
En vez de tus Penates y tus Lares
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
Á tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros
Con leyes de piedad otros Nerones,
Que lobos carniceros
Con pieles de corderos
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas
Á levantarse torpes concubinas
Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
Á aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos
En lugar de tus monstruos imperiales
Otros reyes dañinos
En faz de peregrinos
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!
Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente
Si te hundió tu carcoma;
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes y árboles y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el vértigo carnal de los amores.

¡Ciudad de las ciudades,
Águila vieja cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron;

—¡Á Dios, con tus señores!
Y ¡guai! que mientras tú duermes tranquila
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guai! no vuelva azuzando
Sus tigres de su cólera violenta
Sin compasion clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta:

"¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
»¡Sangre, lebreles!—Si sus dioses hallo,
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los pies á mi caballo."—



LA NOCHE INQUIETA.

Fantasía. (1)

I.

La última luz.

Hay mas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad:
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oido,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oir:
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del dia,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afan.

Pasan sobre el grato sueño
Del labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor:

Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
De algun pensador profundo,
Que aguarda mas ancho mundo
De este otro mundo detras:
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno
Cambiara por un infierno
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho
Á sus párpados llamando,
El ánima despertando
Por el párpado miró.
Presentósele la sombra
Como imagen de la nada
Á la roja llamarada
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz:
Solo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Búsca el oido rumor;
Y el alma sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pós de mundo mejor.

Pero estando condenada
Á la carcel de la tierra,
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él:
Entonces sujeta al cuerpo,
Mar que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquella
sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojós de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.

Ve que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez:
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota
Aérea, vibrante, rota,
De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar;
Ya son gigantes monstruosos
Que desparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones *sin luz*;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
Ú hondo hueco iluminado
Por agonizante hachon;
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisages,
Ya pabellones de encajes
Ó tapices de crespon.

La llama trémula en tanto
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar:
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna al pábilo asida
Segunda vez á brotar.

Ó lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez:

Y moribunda vacila,
Como vibra y pestañea
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolar inquieto
De la llama en derredor:
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotando aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
Ó bien las alas plegando
La opaca lumbre beber.
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus pies transparentes,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido
La claridad evitando
Y su vuelo acelerando
Se le ve cerca pasar,
El rostro se hunde en las ropas;
Y mientras el miedo pasa,
La luz que ilumina escasa
se acaba al fin de apagar.

II.

El silencio y la oscuridad.

Cuando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
Ó lo que creimos ver.
Asi en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasion;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por las que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía
Que nos da la luz del dia
Impiden pensar tal vez,
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en órgia insensata
El disoluto mancebo
Dice: — "en el licor que bebo
Ahogo cuanto creí." —

Por eso en placer sumido
Dice el embriagado amante:
—"Yo no creo en este instante
¡Vida mia! mas que en tí."—

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento:
—"Creo en el oro y no mas."—
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice osado á su venganza:
—"Honra, satisfecha estás."—

Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
Á sus creencias le da;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada
Al matar la última lumbre,
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba
El aire falto de ruido
Escucha en vano el oido
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusion mentida
Vienen á topar al fin;
Do quier que avaros se tornan
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se estremecen
Con cada nueva ilusion:
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestro flota
En callada confusion.

Y á tanto mirar los ojos,
Á tanto oir los oidos,
Fatigados, aturdidos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánima se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan tambien.

Entonces es cuando el eco
De un cabello que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;

Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejàna confusion
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando perdidas
Los aires en rebelion.

Y escuchamos á lo lejos
Huellas de pies recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer;
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y ahullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
Á compas de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida,
Nada pueden, nada son;
Mas sin cuerpos ni colores,
Tienen cuerpos y semblantes
Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusion.

Les presta voz el oido,
Y movientos la mente,
Y vienen confusamente
Mente y oido á acosar;
Y mente y ojos y oidos
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones
Y frágiles creaciones
De la duda y de la fé,

Donde entre iguales contornos
Una en otra confundida
La miseria de la vida
Y la religion se ve.

Alli entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada
Va una idea de la nada
Ó una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo
Se transparenta un objeto
Inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho
En el reló de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *mas allá?*

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir,
Aquel estraño delirio
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso
Con que la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde,
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno á combatir,
Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos
En nuestra afliccion medrosa
Un ser, un soplo, una cosa
Que nos dice *no sé qué*,
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos
Y con quien tanto porfiamos
Que hace inútil nuestro afan,

Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos — si creemos —
Preguntándonos estan.

Por eso si en órgia inmunda
El disoluto mancebo
Dice: — "en el licor que bebo
Ahogo cuanto creí;" —
Por eso si en sus placeres
Dice el insensato amante:
— "Yo no creo en este intante
¡Vida mia! mas que en tí;"—

Por eso si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
— "Creo en el oro y no mas;" —
Por eso si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
— "Honra, satisfecha estás," —

En la sombra de la noche
Con su corazon á solas
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor;
El uno por sus festines,
El otro por su dinero,
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro ser;
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni duda ni pavura,
Es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio
Reflejan la eternidad
Como la luz de los cielos
Reverbera en un un cristal,
Y recordando su polvo
Á la flaca humanidad,
Son clamor de nuestra nada
Que diciéndonos está
"Creed, ó velad."

Que el no atreverse á creer
Es decidirse á dudar,
Y dudar es tener miedo
De creer una verdad;
Dudar es estar en vela,
Creer es tranquilo estar,
Y es fuerza por duda ó miedo,
Puesto que tan juntos van,
Creer, ó velar.

Pues no es mas el corazon
Que un indestructible altar
De donde nuestras creencias
No se separan jamas;
Y el jugador y el valiente,
Y el disoluto galan,
Tienen allá en la alta noche
Un momento sin solaz
En que sus vagos temores
Y su inquietud y su afan
Les estan diciendo á voces
En la muda oscuridad:
"Creed, ó velad."

Que ese rumor del silencio,
Y esa ráfaga fugaz
Que deliramos que alumbra
La callada oscuridad,
Y ese temor sin objeto,
Y ese insecto pertinaz
Que zumba, y silba, y se agita,
Sube y baja, y viene y va,
Y ese empeño, esa porfia
Con que en nuestro torpe afan
Procuramos el descanso,
¡Vive Dios! que no son mas
Que el miedo á nosotros mismos
Que nos impone tenaz
Creer, ó velar.

Es la sombra incomprensible
De ese oculto *mas allá*
Tras de cuyo pensamiento
No alcanzamos á ver mas
Que lo que envuelve la noche,
Silencio y *oscuridad.*

III.

El amanecer.

Y al fin de tanto temer,
Tanto soñar sin dormir,
Y tanto afan,
El alba esperando ver
Cerrándose sin sentir
Los ojos van.

Al menor ruido que oimos
Vuelven á abrirse otra vez
Lentamente;
Mas apenas los abrimos
Tornan á su lobreguez
Muellemente.

Y todavía creemos
Que sentimos y miramos
Desvelados,
Y lo que oimos y vemos
Es solo lo que soñamos
Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
Que nuestro capricho loco
Nos fingía,
Sus medrosas ilusiones
Desvanecen poco á poco
Con el dia.

Una luz tibia, insegura,
El quicio de alguna reja
Iluminando,
Sobre la pared oscura
La luz que fuera refleja
Va pintando.

:

Y en el rayo fugitivo
Que se pierde en el flotante
Polvo leve,
Aquel insectillo esquivo
Cruzando á su torno errante
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
Sube, y baja, y huye, y viene,
Sin recelo,
Y se pierde, y se retira,
Y sobre la luz se tiene
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilon nos depierta
Un momento,
Y en una ilusion liviana
Concibe la luz incierta
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
Que bulle en torno,
Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos ó dormimos,
Nos parece
Que el sueño á que nos rendimos
Nos vá la luz apagando
Que amanece.

Y pasando del dudar
Al descanso del dormir
Olvidamos
Lo que nos vino á turbar,
Y lo que pudo existir
Ó soñamos.

Y al despertar otro dia
Ya no guardamos memoria
Ni recelo
De la inquietud y agonía,
De la fantástica historia
De aquel desvelo.

Porque asi pasan sombrías
Las horas de nuestros dias
Revoltosos,
Las noches de dudas llenas
Los dias llenos de penas
Y azarosos.

Las noches creyendo ver
Lo que habemos de creer
Y dudamos;
Y los dias sin pensar
En lo que hemos de soñar
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,
Tardas noches, en mi sueño
Al resbalar,
Y tras sueño inquieto y largo
No tenga un recuerdo amargo
Al despertar.



Soledad del Campo.

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío
Donde de cuitas é inquietud ageno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren.
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra oscura
Donde tornara al que perdí reposo?
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado
Lejos de los impúdicos festines
En apacible trino regalado
Me adormian los sueltos colorines.

Y yo les via en las latientes plumas
Sostenerse y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el arbol saltar de rama en rama.

¡Ay cuánto habrán los afanosos dias
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas al pasar bravías
Habrán roto tan fragil hermosura!

¡Cuán mal sonará ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apagaré el compas del arpa loca,
Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte
En lágrimas de amor cansado rompa.

¡Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero
Si al prestarnos su manto de oropeles
Rasga y desnuda el corazon primero.

Cuando seguí desatentado y loco
Del mundano placer las torpes huellas
Aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba
Al apartarla de la faz jugosa
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el son de la caliente fiesta
Las canciones, la báquica armonía
Me hacia apetecer la blanda siesta,
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana
Y siempre en su tañer la danza impura
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.

Que alli la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.

Que alli los ruiseñores suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salon entapizado
Érale al corazon pobre y estrecho.

Y alli tambien cansado suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en tí gozaba
Bajo tu tosco pabellon silvestre.

¡Oh que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbra y riza tu enramado seno!

Alli miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna
Cuál resbalaba en ilusion tranquila
La turbia imagen de la blanca luna.

Alli crecian las sonantes cañas,
La verde juncia, y la amistosa yedra
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Alli venia el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba
Acechábale oculta de hito en hito
La cazadora ruin que le esperaba.

Alli via constante en su fatiga
Ir y venir por la vereda usada
Á lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provision cargada.

Y alli en la rama que la noche fria
Con niebla moja, y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse via
En baba fragil la vellosa oruga.

Y alli tambien, sin fueros de jardines,
Via huertos con parras entoldados
Do habia pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y alli brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos, y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
Cruzábale un arroyo, y amarillas
El césped de la margen salpicando
Mil vistosas le orlaban florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda
El perezoso caracol salia
Del fresco sulco á la pintada falda
Á bañarse en el sol de medio dia.

Y sobre alguna facil eminencia
Estendiendo su cuerpo transparente
Tornaba á bendecir la omnipotencia
Los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardin opimos
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En tí de la inquietud de su locura
El fatigado corazon reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
Por la importuna suerte arrebatado
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.

¡Á Dios! entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo,
Cúbrate en paz el compasivo cielo
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ageno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

Soneto.

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el ginete alta y serena
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama:
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyele y brama,
Y en grito universal rompe la gente.

Á BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y transparente
De las colmadas copas
En los cristales ténues.

Cuando los ojos húmedos
De luz avaros hierven,
Y en cada luz sin tino
Vacilan y se hieren.

¡Si vierás cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca:
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve
Cual pabellon que guarda
Del rocío las sienes.

El cuello sin cendales
El aura mansa orée,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen
Como niños sin juicio
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
Brotando de repente
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
Veré cómo turgente
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mia, bebe;
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mia,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
Ó que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mugeres
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa:
Brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal desciñes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas asi la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

Á Dios, hermosa Blanca:
Tranquila y quieta duerme,
Y si despiertas pronto
Á los licores vuelve.

Asi se goza, Blanca:
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.



ODA.

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no mas serán oidos,
Que el duelo y los pesares
Solo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques; repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que solo da suplicios y agonías,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante
Y solo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aqui en la selva umbrosa
¿No cantan á la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero
Cuando el rocío de su bosque orea
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las yerbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura
Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora,
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al son que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
Y es el mundo no mas pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracan reviente con violencia...

Porque en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un Dios en Babilonia;

Si por estraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Caba, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estátuas hoy le levantemos
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
Á sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pie de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brío,
Y su beldad primera...
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas
De tal desorden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias...!
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra, y casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,
Y esto por fin de nuestro afan nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aqui á mis pies resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su margen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sáuces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando
Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldon ó fama
En la mansion del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la tierra un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estátuas algun dia
Cual dan á Homero y á Cervantes quiero,
Si hoy en la patria mia
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona
Libre acaso de olvido
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero,
Y otro cante altanero
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

La margen del arroyo.

¡Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver cómo la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raices someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Mas que coronan sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la escelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en un remanso
Sáuces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores,
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muéllemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh que és dulce contémplar
El agua los pies venir
Á lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder.

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso mas cada vez
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar
En su afan sin concluir
Noche y dia,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfia.

Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
Del cristal.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que asi van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde alli
Bebiendo tus aguas
Libre el colorin,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardin
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
Pero ¡ay! ¡que es muy triste
Pensar junto á tí
Que asi van las vidas
Rodando á su fin!

¡Arroyo, asi viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
Tu pompa á estinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raiz,
Perderá tu yerba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz,
Iráse estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que asi van las vidas
Rodando á su fin!

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te estan abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será mas
Que un mensage del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
Á tus márgenes estrañas
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo dias
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frias,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

Boabdil el chico.

I.

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del Mediodia,
Con regia pompa y magestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confin en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y transparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas
Vénse allí como en otro paraiso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordan en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí se orean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sáuces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas la trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el marmol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compas de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores
Estremecian á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mugeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era tambien el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey habia tocado
El sitial de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu bridon y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

II.

—"¿Qué quieren esos cristianos
Á las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
Que traen á su rey ufanos
Tras el pendon de Castilla?

» ¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Talando el solar ageno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?

» ¿Por qué en confusion estraña
Levantan en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
Á los pies de esa montaña?

» Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron
Como los padres los hijos?

» Frente á sus tiendas reales
Que brillen altas y ufanas
En las torres principales
Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

» ¡Al arma! ¡al campo! á cambiar
Las marlotas y alquiceles
Por arneses de lidiar,
Los ginetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

» La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores;
Que cierren en la mezquita
Esa multitud que grita
En rejas y miradores.

» Los fuegos prontos esten,
Las calles libres tambien,
Los hombres á la muralla,
Las mugeres al harem...
¡Paso y silencio, canalla!"—

Tal *Muza* (2) prorumpe airado
Ante la puerta de Elvira
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo que consternado
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente
Con corazon en Granada;
Él solo lleva insolente
Á la recia lid su gente
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nacion,
Solo lidia y se ensangrienta
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos
En redor de su caballo
Sus soldados macilentos
Le estan demandando hambrientos
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos
En desmayado tropel
Su pueblo puesto de hinojos
Llora los yertos despojos
De los que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho
Á tus soldados alientes
Y quieras dar á tus gentes
Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes
Van arrastrando á su fin
Sus muy poderosos antes
Alcázares elegantes
La Alhambra y el Albaicin?

¿Si alli está el triste Boabdil
Sin amparo que le acorra
Llorando sobre el Genil,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra
Amancillando tu gloria
Cantan en compas de guerra
Los castellanos victoria
Ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
Tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
¡pobre rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor,
Y los tuyos que quedaron
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron
Espirando te dijeron:
—¡Cobarde, maldito seas!—

Y de tu reino señores
Los cristianos vencedores
Te pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar
Del vencedor el vencido
sino vergüenza y pesar?
¿Qué sino burla ha de dar
El que subió al que ha caido?

¡Oh! esas torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprendeis los moros;

Las tortuosas galerías
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto
En faz de intrincadas vias
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes
Donde el ánima adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
Los cristianos gozarán
En conjeturas perdidos,
Sin pensar en los vencidos
Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
De esos alcázares bellos
No tendrán ¡ay! mas valor
Ni mas nombre para ellos
Que el *botin* del *vencedor*.

Llora, rey, llora sin duelo;
Desespérate, Boabdil,
Y ven en tu desconsuelo
Á espirar bajo este cielo
Que flota sobre el Genil.

Que á elegir entre acabar
Y sufrir la agena ley,
¡Vive Dios! que era acertar
Como hombre, á la lid bajar
Para morir como rey.

III.

Asi estaba escrito,
Monarca infeliz,
Que fuese tu raza
Contigo á su fin.
Asi estaba escrito
Que libre el Genil
Corriera entre flores
Muy lejos de tí.
Por eso fue un dia
Forzoso salir

En lúgubre pompa
Y en gesto servil
Tu cetro y tu fama
Vencido á rendir.
Y allá se quedaron
Para otro adalid
Tu espléndido alcázar,
Tu fresco jardin.
Y allá se quedaron
¡Ay triste Boabdil!
Tu muerto por siempre
Falaz porvenir,
De blanca esperanza
Tu sueño febril,
Que fue como el humo
Al viento á morir.
Y allá se quedaron
Tu Alhambra gentil,
Tus altas techumbres
De azul y turquí,
Tus ricas alfombras
De gualda y carmin,
Tus pájaros presos
En jaula sutil,
Tus fuentes sonoras
Que en fresco bullir
Con música blanda
Murmuran álli.
Y allá se quedaron
Cual juego infantil,

Cual copas rompidas
Despues del festin,
Tus lechos clavados
De cedro y marfil,
Tus baños que exhalan
Clavel y alhelí,
Rosa y azucena
Y azahar y jazmin.
Y allá se quedaron
¡Ay triste de tí!
Las cifras y motes
Que en tiempo feliz
Mandaste en los muros
con oro escribir,
Pensando que el tiempo
Que corre sin fin
Querria en tu Alhambra
Dejarte vivir.
Y allá se quedaron
Sin fruto, ni fin;
Que rotas y mudas
Son hoy solo alli
Cual fleco postizo
Que afea un tapiz,
Y nada nos pueden
Valer ni decir.
¡Oh si un solo instante
Volvieras tú aqui,
Si un punto tornaras,
Vencido Boabdil...

¡Tú sí que leyeras
Con ansia, tú sí!
¡Tú sí que gozaras
Con calma pueril,
Aunque todo un pueblo
Volviera tras tí!
¡Mas ya solo resta
Llorarlo y sufrir,
Que asi estaba escrito,
Y cúmplese asi!

Mas ya que nos tornas
La espalda, señor,
Camina despacio
Mientras dura el sol.
Recoge las riendas
Al suelto bridon:
Tras de esa colina
No hay luz ni color,
No hay cielo ni vida
Tras ese peñon.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!
Á verse aun alcanza
Granada, señor,

Tras esa colina,
Mas lejos... ¡ya no!
¡Al fin la abandonas
Á fuerza mayor!
¡Al fin te la arrancan
Con mengua y baldon
Tu perla mas rica,
Tu joya mejor!
¡Oh! vuelve por ella,
Que aun tarde no es hoy:
Azuza tu ardiente
Caballo veloz,
Fulmina el alfanje,
Apresta el lanzon,
Acosa á tu gente
Con brazo y con voz:
¡Ah! ¡y muera tu escaso
Postrer escuadron
Con rabia á lo menos,
sino con valor!
¡Oh! vuelve á Granada
Tu cara mansion,
No llores huyendo
Cobarde ó traidor.
Y si al fin no quieres
Lavar tu baldon,
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!
Que si aun la contemplas,
Mas lejos... ¡ya no!

Granad.. se pierde,
Y al caer ese sol
La vez postrimera
Verásla, señor.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!

IV.

Espera, señor, espera
Solo un momento á llorarla,
Solo un instante á mirarla
Desde el cerro del Padul...
¡Oh cuán hermosa se ostenta
Á los últimos reflejos
Del sol que brilla á lo lejos
Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
Y ante ella puestos de hinojos
Volvamos los turbios ojos
Para decirla un ¡á Dios!

Contempla que es nuestra patria,
Nuestro dulce paraiso...
Aunque el Profeta no quiso
Conservárnosla con vos.

Alli está. ¡Patria querida!
¡Cuán dolientes te dejamos!
Y antes, patria, que volvamos
¡Cuántos años pasarán!
¡A tí, en la opuesta ribera
De ese mar que nos divida,
Al dejar la amarga vida
Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
Por el desierto vaguemos
Nuestro afan adormiremos
Hablando, patria, de tí,
Y los hijos que nos nazcan
Guardarán en su memoria
La infausta y sangrienta historia
De los que fuimos aqui.

—Hijos mios, les diremos,
Allá lejos de nosotros
¡Harto lejos! viven otros
En Granada, en un Edem.
¡Y alli tuvimos un tiempo
Reyes, pueblos y vasallos,
Arcabuces, y caballos,
Mezquitas, cañas y harem!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡Ah! si por dicha algun dia
Teneis lanzas y corceles,
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganais la opuesta orilla,
¡Oh! ¡cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su pendon!
No dejeis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos;
¡Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazon! —

Tal diremos, cara patria,
Nosotros á nuestros hijos
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos esten
En el desierto, á la sombra
Del fardo de los camellos...
Y tal se lo dirán ellos
Á nuestros nietos tambien.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida
Tan solo una despedida
Podremos darte, no mas.

¡Las manos te tenderemos
Á bendecirte llorando
Como quien va caminando
Volviendo el rostro hácia atras!

¡Y si huyendo de Noviembre
Las arrecidas neblinas
Vemos á las golondrinas
De nuestra patria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
Á saludarlas saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen á ver...!

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡Ó tornemos y muramos
De una vez junto al Genil...!
¡Teneis razon! partid presto
Antes que ondée en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ¡ya es tarde! que truena
La cóncava artillería
Y el humo escurece el dia
Y roba á la tierra el sol.
¡Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oidos
Ese triunfal campaneo,
Ese estruendo y clamoreo
Que á vuestra espalda dejais.
¡Huid, sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡Ay! y aunque lloreis huyendo,
Desdichados, no volvais!

¡Huid presto, huid proscritos
De vuestra patria perdida!
Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna:
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir:
Traspon la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afan,

Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡ay! diles: —¡Allá quedaron!
¡Noespereis, que no vendrán!—

V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la cansada huella:
Huye do el agua del Genil no corra,
Ni tu blanca ciudad refleje en ella;
Donde fortuna mas leal te acorra;
Donde no alumbre tan fatal tu estrella;
Donde fieras las huestes castellanas
No derriben las lunas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora y dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruiseñores,

Los amenos jardines do algun día
Gozaste en soledad blandos amores
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced agena
Treguas te dé tu corazon tranquilo;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el fragil hilo,
Y el blando son de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ¡ay! que á cada punto mas tenaces
Los duelos sobre tí se atropellaron,
Y fue en vano esperar; que en vano audaces
En Granada tus árabes lidiaron,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,
Y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegríes, Bencerrajes, y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron,
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorvieron
No azotan nunca playas españolas;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas;
No esperes á su margen olvidada
Nuevas oir de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrision de la fortuna,
Á quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna:
Ya que asi el cielo contra tí se encona
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ageno.

Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir;
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aún,
Consuélate, rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldicion comun.

Duerme, y dénte descuidados
Grato murmullo si velas
Los pasos atropellados
De los pies acelerados
De las errantes gacelas.

:

Y en vez de las funerarias
Roncas preces de los muertos,
Arrúllente solitarias
Con sus salvages plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus ojas livianas
Respiren las carabanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser rey.



EL VELO.

Traduccion de Victor Hugo.

¿Has hecho esta tarde oracion, Desdemona?
SHAKESPEARE.

LA HERMANA.

¿Qué teneis, hermanos mios?
¡Los ojos traeis sombríos
Como cirios funerales...!
¡De la faja á los dobleces
Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio dia...
Tal vez... del baño volvia
En mi palanquin cubierto,
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿es cierto?

LA HERMANA.

¡Oh! tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante...
¿Qué decis...? ¿qué pude hacer?
¡Hablais en secreto... hermanos!
¡Oh! ¡pondriais vuestras manos
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡Perdon! ¡perdon! — ¡Oh! ¿qué he hecho?

¡Ah! me desgarrais el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal...?
¡Sostenedme... hermanos mios...!
Siento ya en los ojos frios...
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡Al menos no alzarás ese cendal!



Vanidad de la vida.

Fantasía.

Era un dia de órgia y de locura,
De esos dias de vértigo infernal
En que embriagados de falaz ventura
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos dias
En que henchidos de vida y juventud
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos dias en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los dias mas hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afan,
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lácias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y transparente
Por la serena atmósfera al cruzar
Tiñendo los objetos suavemente
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pós las aves de frescura y sombra
Salpicaban en varia confusion
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellon.

Víanse allí las amarillas pomas
Las enramadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo límpido á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas
Le cubrian en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mugeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebia el amor hasta apurarle
De unos impuros labios de carmin,
Que me enseñaron ¡ay! á desearle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullian
Fantasmas que al pasar con rapidez
Ya lloraban, danzaban, ó reían,
Como ilusion febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
En lúbrico desórden junto á mí,
Y sin tregua los brindis resonaban....
Todo sin tiempo y sin razon allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impur-
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos á impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas
Blasfemamos tal vez de Jehová.
—"¡Virtud! dijimos: ¡fábulas soñadas...!
»Ahora el Dios que aterra ¿adónde está?

» ¿Adónde está la sombra de su dedo
»Que escribe una sentencia en la pared?
»¡Creaciones fantásticas del miedo...
»Bebed, amigos, sin pesar bebed!"—

Vino la noche, y al salir cansados
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones á la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un atahud.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendia
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;
Cuando con *paz* al muerto conjuraron
El nombre del que fue nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño valadí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosura descansaba alli.

¡Y era hechicera, y lánguida, y liviana,
La envidia de un salon érase ayer,
Y á pesar de su pompa cortesana
Hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ay! la voz con el aliento:
Temblónos el cobarde corazon;
Ciertos los ojos y el oido atento
Nos dijimos al fin: — ¡no es ilusion! —

¡Alli estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared...
¡Y era fiesta tambien...! llegad sin miedo,
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

TENACIDAD.

—"Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
Ó te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Toda una vida que tardes
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aqui
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí
Que anhelo tardanza en tí
Por solo estarte aguardando.

Aqui las aguas sonoras
Rodando en la yerba van,
Y aqui las aves canoras
Del bosque alegres cantoras
Música dulce me dan.

Aqui las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
Altiva, asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de fingir
Mas facil y enamorada.

Ve pues lo que has de ganar
Si mas piensas en mi daño
Asi esquivarme y tardar,
Porque mas quiero esperar
Que saber un desengaño.

Y bástame á mí saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
Á la vibracion ligera
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traicion me estan mirando
Tras de un haz de juncos blandos,
Tras un pie de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento
Me finge mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bellà
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella
Digo: asi llegára *á ella*
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aqui,
Aunque me pesa ¡ay de mí!
Desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
Que aqui murmurando estan,
Y entre arenillas ligeras
Bullendo en tropel parleras
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frio
Sus tocas de cien colores
Y despliegan sus primores
Del alba al fresco rocio;

Delicioso por demas
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme mas
De que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte á fé!
Pues tan tenaz como soy
Al fin de buscarte, sé
Que si no te encuentro hoy
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido asi
Tan solo por tu beldad,
Y ya por tu terquedad
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
Que he de estar eternamente
De estos olmos al abrigo;
Y no te finjas que intente
Partirme, sino contigo.

Haréme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano
Por burlar al viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Con que asi, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder,
Y ó no tienes de beber,
Ó te tengo de encontrar." —



HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

Leyenda.

INTRODUCCION.

En un rincon de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su origen positivo
Á la verdad no se sabe.
Un rio humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,

Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su margen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin orden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el rio,
Y las huertas de la margen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,
Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del rio
Forma sin disputa el valle.

1.ª PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,

Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del rio
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;

Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pie de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmoble y fija
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
Á veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,

Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.
Casi al pie de la colina
En que la casa se apoya,
Hácia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma,
Un mozo trae adelante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demas de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pie á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movible
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
Ó de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa

De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galan pasando el vado
Hácia la torre se torna.
Cuando él llegó al pie del puente
Ya con mano vigorosa
Á sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los pies en un taburete,
En un sillon de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
Á un lado en la mesa tiene,

Cuya luz lucha oscilando
Con el dia que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
— "¡Mendo Abarca...! que me place,
»Un dia tras otro viene,
»Y honra con honra se paga,
»Vida por vida se pierde." —
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de oriente,
Cogido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbrea y se estremece,
Tez morena, negros ojos,

Paso resuelto y pie breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen
Entró por el aposento
Preguntando:
                    —¿Qué me quieres? —
Perez bajando los ojos
Contestóla:
                    — Que te sientes. —
Sentóse, y siguió el marido:
—"¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo há nos casamos? —
— Sí por cierto; treinta meses. —
— Pues eso há que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente. —
— Y ahora, ¿á qué recordarme...? —
— Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra? —
— ¿Á qué viene esto, Rui Perez? —
— ¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve? —
— Pero...! —
                    — ¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mugeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen? —

— ¡Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes! —
— ¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes? —
— ¡Pero...! —
— ¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre? —
— ¡Pero...! —
— ¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece? —
— ¡Pero...! —
— ¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles? —
— ¡Mas yo...! —
— ¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese? —
— ¡Cielo...! —
— ¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave... —

— ¡ Pero escucha...! —
— Y que es la muerte? —
— ¡ Pero...! —
— ¡Silencio! —
— Oye... —
— ¡Calla!
Mas hablando no me afrentes,
Y lée, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles." —
Y esto diciendo, á la cara
Tiróla Rui los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando: — ¡cielos, valedme! —

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amoratados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas megillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.

Perez, inmoble de rabia
En el sillon se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez:
—"Muger, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un dia
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Asi en mi ausencia me vendes? =
— Perdon, clamó Margarita.
¡Oh, me detesto...! —
— Detente,
Que con que tú te aborrezcas
Él mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde... —
— Cielo santo, ¿qué pretendes?
¡Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente! —
— Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme? —
— ¡Lloraré al pie de tu lecho
Velando mientras tú duermes! —
— ¿Y qué sueño ha de acudir
Á quien sin honra se acueste? —
— ¡Seré menos que tu esclava!

¡Besaré el polvo que huelles! —
— ¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes? —
— ¡Perdon! —
— Pídesele al cielo,
Que él solo dártele puede." —

III.

Es un salon cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre

Otro cordon que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis pies de bronce
Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillon, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojin recoge.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personages
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.

Cada cual en su trabajo
Su atencion entera pone,
Ella contando sus hebras,
Él contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre.
—¡Estás triste!—
—No; cansado
De velar toda la noche.—
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida mas de hito en hito,
Ella un punto contemplóle,
Mas él siguió:
—¿No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones,
Le dijo:
—¡Y me lo ocultabas!—
—Quise sorprenderte; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.—
—¿Y será pronto?—
—Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.—
—¡Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este dia nos torne!—

Don Mendo se puso en pie
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el page Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.
— ¿Qué tenemos? —
en voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
— Nada, señor; ha seis dias
Que huyeron ambos. —
— ¿Adónde? —
— Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche. —
— ¿De quién hubiste las llaves? —
— La escalé por los balcones. —
— ¿Y qué? —
— La casa desierta;
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en orden. —
— ¿Y nadie responde de ellos? —
— ¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente ha dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque. —

— ¿Los dos, y volvia Perez? —
— Solo. —
                    — ¡Es bien estraño...! Lopez,
Dentro de muy pocos dias
Volveremos á la corte. —
— Está bien, señor. —
                                        — Escucha;
Para lo de ayer disponte. —
— ¿Dos caballos? —
                                        — Por supuesto. —
— ¿Á qué hora será? —
                                        — Á las doce. —
Dejó el aposento el page,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró:
                    — ¡Si volvió Perez,
Y sospechando...! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre. —
Y al calor de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra

Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y luceras
Hánlas tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raices, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes

Velando luna y estrellas,
El valle, el rio, y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,
No habia parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No habia pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De Diciembre, opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hácia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves? —dijo el uno.
—Sí señor.—
—¿Y allá quién queda?—
—Martin Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.

Los demas hácia la corte
Irán ya lejos, y apenas... —
Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzóse callada y lenta
Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda, ó se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
Ó el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma
No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza, ó reza.
Pero hombre, ilusion, ó duende,
Al pie de la torre llega,
Y sin vacilar un punto
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcon mas bajo
Desembozándose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
Á la luz de una linterna
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonrien,
Y la lengua balbucea,
Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pendencias,
Obras, caballos y carros
Se finge una corte entera.
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan,
Y los pages, y las dueñas,
Los billetes de convite,
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto
En ilusion halagüeña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta,
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego ahogando la luz
Dejó la estancia en tinieblas.

Se oyó en la sombra un suspiro...
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándole el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,
Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oirse, ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca, ó lleva.

Á poco Don Mendo y Lopez
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oirse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyóse que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
— ¡Cogió las cartas! —
— Sin duda. —
— Mas vale asi. —
— Que no vuelvan;
Pasado mañana, Lopez,
Á Madrid damos la vuelta. —

Cruzaron ambos el puente,
Volvió á sonar la cadena,
y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.

Y en esto en el balcon mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
De Perez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
—"Quien á hierro mata es justo
»Que igualmente á hierro muera;
»HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
»NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN." —

V.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venia;
El segundo concluía
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
Su casa quedó en escombro,
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amoríos las hermosas,
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El mas valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
Á quien por calmar el llanto
Contaran en son medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó alli haber sorprendido
Algun amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluía
Y pasaron hasta tres.

:

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Perez en cuerpo ni en alma.

2.ª PARTE.

VI.

En un salon adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cogines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada

Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es Don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es doña Leonor,
Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas,
Con un lazo de brillantes
Que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
En dos trenzas derribadas
Que á ambos lados se recogen
En dos agujas de plata;
Y en la mano un abanico
Con que la faz del sol guarda,
Tras de cuyo varillage
Mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
Está engalanado Abarca,
El jubon de terciopelo,
Acuchilladas las mangas,

Capotillo carmesí,
Calzon negro y gola blanca,
Y en un cinturon de seda
Colgados estoque y daga.
De aquestos tres personages,
Quiñones y las dos damas,
El cuarto los atavíos
Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
Y en un acicate acaba,
Tanto conserva de monge
Como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
Y la frente despejada,
Empinados los bigotes,
Espesa y luenga la barba.
El jubon negro y sin cuello,
El ropon tocando en capa,
La gola negra y sencilla,
Botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos
No pueden con sus miradas,
Si habla le escuchan atentos,
No le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
Contenidas sus palabras,
Si reconviene no ofende,
Y si aconseja no cansa.
Los valientes le saludan,

Los pordioseros le aguardan,
Las damas le reverencian,
Los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces
Solo un defecto le achacan,
Ser celoso en demasía
De la honra y buena fama.
Es capellan de Quiñones,
Con quien tiene mesa y casa,
Y á quien salvó vida y honra
Dicen que en una batalla.
De entonces él y Don Mendo
Un punto no se separan;
Son un cuerpo y una sombra,
Cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
Consejero, amigo, y guarda;
Don Mendo sin su presencia
Ni come, ni abre las cartas:
Á un sermon y á un desafio
Igualmente le acompaña:
Procura evitar contiendas,
Pero una vez empeñadas
El caliz por el estoque,
Por la malla el ropon cambia;
Y á pretesto de padrino
Da la postrer cuchillada.

Ni es de estrañar que esto sea,
Porque en los tiempos que alcanza

Los obispos son alcaides
Y sus palacios son plazas;
No pagan pecho á sus reyes,
Mantienen á sueldo lanzas,
Antes de prestarle ayuda
Juzgan despacio su causa,
Y como mas les va en ello
Le acuden ó se desmandan;
Y viven entre placeres
Con familiares y damas.

Asi como es el espejo
Es la imagen que retrata,
Y asi como andan los reyes
La corte y vasallos andan.

Tales son los personages
Que en plática sosegada
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Al fin al doblar sonoro
De una ligera campana
Abriéronse los balcones,
Entró el sol de la mañana,
Y de galanes y hermosas
Fuese llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
Que abajo se agita y pasa,
Y el capellan y Quiñones
Haciendo venia á las damas

Salieron hácia la iglesia
Donde doblan las campanas,
Porque es el dia del Corpus
Y está la corte de gala.

VII.

Al doble y revuelto son
De campanas y atabales
Hierve y bulle un pueblo entero
En plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Junio
Que derramado se esparce
Por techos, plazas y torres
Gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
Se quiebran y se deshacen,
Se estremecen y reflejan

En pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones
De los tapices brillantes
Que orlan, visten y coronan
Los balcones desiguales,
En cada hebra de oro y plata
Y en cada lazo ondulante
Reverberan mil colores
Que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
Entre velos y cendales,
Entre abanicos de plumas,
Entre dueñas y entre pages
Decoran las celosías
Que descorren fiestas tales
Cuantas damas de Castilla
Dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
La interposicion del aire,
Los suntuosos atavíos,
Y el placer de los semblantes
Hacen que de cada hermosa
Finjan en ensueño, un angel
Los enamorados ojos
De los felices galanes.
¡Cuántos hidalgos osados
Deteniendo el paso errante
Al pie de unos miradores
Contemplan un gesto grave!
¡Cuánto zeloso mancebo

Al revolver de una calle
El sombrero hasta los ojos
Aguarda amoroso trance!
¡Cuánta dueña en una reja
En tanto la dama sale
Espera en faz compungida
Que el audaz citado pase!
¡Cuántos suspiros se ahogan
Entre el son interminable
Con que el gentío murmura
Cuando del pecho se parten!
¡Cuánta ardorosa mirada
Intercepta el velo frágil
De una pluma que un tercero
Cruzó entre ambos un instante!
¡Cuántos ojos arrobados
En otros del cielo imagen
Se topan detras de aquellos
Otros ojos centellantes!
¡Cuántas citas amorosas
Camino á escondidas se abren
Entre aquel rumor confuso
Que un millon de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
La voz sorda y susurrante,
Diez maceros á caballo
La gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
Y tornáronse anhelantes

Impacientes y curiosos
Mil rostros hácia una calle.
Pasaron lanzas y cruces,
Alabardas y estandartes,
Cirios, clérigos, soldados,
Mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquias,
Chirimias y ciriales,
Congregaciones y escuelas,
Nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin de improviso
Levantó su voz gigante
El pueblo, que vió á lo lejos
La engalanada falange
De hidalgos, condes y duques,
Obispos y cardenales
Que en torno del rey Enrique
Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique Cuarto
Por don de sus mocedades
El fastidio y la osadía
De placeres y desmanes;
Que aún niño, rompiendo el yugo
Del respeto al rey su padre,
Tuvo en Segovia una corte
Con pueblo y leyes aparte.
Y alli anegado en deleites,
Sin conocer vasallage,
Pasó los años primeros

Siempre en faz de rebelarse.
Hoy ya rey, abrió su corte
Á cuanto ilusorio y grande
Quiso con sus reales culpas
De las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
Sin mas haber que su sable,
Y vinieron cortesanas
Que allá en paises distantes
Fueron nobles y duquesas
De real solar y real sangre,
Á quien echan de su patria
Opiniones populares.
Vinieron monges robustos,
Todos rectores y abades,
De costumbres de gran peso
Y profesion impalpable.
Y entre discordia y licencia,
Entre amores y combates
Andando alli confundidos
Los soldados y los frailes,
Logróse sin gran trabajo
Que fuesen en tiempos tales
Las audiencias galanteos,
Los amores liviandades,
Y las damas cortesanas
Y los clérigos galanes.
Que asi como es el espejo
Es la retratada imagen,
Y hacen, si andan mal los reyes,

Que mal los vasallos anden.
Los monges á par alternan
Las mallas y los sayales,
Y el que ayer era prelado
Mañana á campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
Bajan la calle adelante,
Y hasta doscientos ginetes
Dan á la funcion remate.

Entre las gentes que al rey
Prestan honra y homenage,
Ni cerca de su persona,
Ni lejos del condestable,
Van dos nobles caballeros
Que en severos ademanes
Entre secretas palabras
Secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
Que en verdad no fuera facil
Que pudiera algun curioso
Alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
Bien pudiera asegurarse,
Pues á veces hace el uno
Que el otro los ojos baje,
Y á veces levantando este
La mirada penetrante
Torna á bajarla irritado
Cual devorando un ultraje

Que el otro le recordara
Y mucho á su honra tocase.
Cuanto mas uno se turba
Sigue el otro imperturbable,
Y ambos miran de contínuo
Á un balcon, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
Que inclinado hácia adelante
Con su capellan conversa
En razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente
La misma conversacion! —
— Señor, siempre esta ocasion
Me está en el alma presente.—

— ¡Maldita ocasion la vuestra,
Que en todas partes la veis! —
— Señor, que fue bien sabeis
La esperiencia mi maestra.—

— ¿Y lo que os sucede á vos
Ha de acontecerme á mí? —
— ¡La honra, señor, que perdí
No basta á dármela Dios!

Y cuando vos la perdais...
— Yo mismo la cobraré. —
— Yo tambien me lo pensé,
Pero como yo la errais.

Que es la muger un cristal
Que si se empaña una vez
La mancha ó la palidez
Se lavan luego muy mal.

Mirad, Don Mendo, al balcon
Y á la calle atentamente. —
— ¡ Padre, padre, eternamente
La misma conversacion! —

— Si os salvé, señor, la vida,
La honra os he de salvar,
Yo por ella he de velar
Si vuesa merced la olvida. —

— Ved que vos podeis muy bien
Dar camino á una sospecha. —
— Ved que en cuenta tan estrecha
Podeis vos errar tambien. —

— Ved que soy yo su marido! —
— ¡Ved que ella es vuestra muger! —
— Sé que me ama. —
— Puede ser. —
— ¡ Y pudiera... —
— Haber mentido. —

— Mas, padre, vos... —
— Vedla alli,
Y aunque asi á vos no os ofende,

Pensad que á todos atiende
Menos á vos... —
— ¡Eso sí! -

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
Es á quien busca el postrero? —
— Ay triste del que altanero
Me compita ¡vive Dios!—

Asi en voz baja platican
Aquellos dos personages
Al ir de su propia casa
Avistando los umbrales;
Y saludando á Leonor
Que al balcon á verlos sale,
Con la procesion siguieron
Toda la plaza adelante.

VIII.

En un estrecho aposento,
Al amarillo fulgor
Que por entre seis cristales
Despide un turbio farol,
El capellan y Don Mendo
En ténue y secreta voz
Tienen de alta consecuencia
Trabada conversacion.
Don Mendo está pensativo,
Encendido de color,

La mano puesta en la frente,
Mal sentado en un sillon,
Los cabellos en desorden,
Luchando con su interior,
Y retratando en el gesto
La inquietud del corazon.

El capellan tiene el rostro
Entre hipócrita y feroz,
Y contempla el de Quiñones
Con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
De la sombra del farol,
Cuidando de que á Don Mendo
Ilumine el resplandor.
Entre ambos hay estendido
Un macizo velador
En que para estar mas cerca
Se apoyan tal vez los dos.
Á una pregunta de Abarca
De estremada concision
Con otra pregunta idéntica
El capellan contestó.
—Y su tristeza y despego
¿No veis de entonces, señor?—
—Mas ved, padre...—
—¿Y no decis
Que al saber vuestro perdon
Casi loca de alegría
Vuestra vuelta aceleró?—

— Es verdad. —
— ¿Y no decis
Que advertísteis variacion
Desde la misma mañana
En que en la corte se vió? —
— ¿Y eso, padre... —
— ¿Y no decis
Que un ensueño aterrador
La atosiga desde entonces
Y la pone en aflicion? —
— Es verdad. —
— ¿Y no decis
Que de aqueste torcedor
Nunca la secreta causa
Vuestra esposa os reveló? —
— ¿Y eso prueba... —
— Que en su pecho
Hay secretos para vos,
Y las mugeres no tienen
Mas secretos que el amor. —

Don Mendo apretó los puños
Cuando tal respuesta oyó,
Y en la inquietud de sus ojos,
Que revuelve en derredor,
Se ve bien que busca el triste
Otra disculpa ó razon.
En tanto el cura le atiende
Con sonrisa de traidor,
Y rebosan sus pupilas

Sangrienta satisfaccion.
Por fin, como quien despliega
Todo el último valor,
Con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
— Tal vez de mugeres, padre,
Secretos caprichos son
Que solo consultar deben
Allá con su confesor. —
— Los caprichos mugeriles
Ya os dije, Don Mendo, yo,
Que si al marido se celan
No son mas que otra pasion. —
— Callad, padre, porque me hacen
Vuestras palabras pavor,
Y es tan profunda esta herida
Que me duele ¡vive Dios! —
— Pues buscad presto remedio,
Don Mendo, porque sino
La herida se os hará cáncer
Que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez... —
— ¡ Por cierto
Que es tremenda precision!
Dejadme que bien pensado
El tiempo... —
— ¡Tiempo veloz,
Tiempo rápido! que el tiempo
Carcome la reflexion. —
— Pero, padre, ¿ved que errarlo

No fuera...? —
—Nunca peor,
Que en cuidar mucho su honra
Jamas hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mio,
Y aunque hice venganza atroz,
Ni le he cobrado, ni el tiempo
Me ha quitado este borron.—
— Pues bien, si es cierto, á impedirlo
Ó á vengarlo pronto estoy.—
— Pues el remedio, ó venganza:
Ved que urge.—
—Teneis razon;
Y pues sabeis la dolencia,
Buscadme el remedio vos.—

Guardaron ambos silencio
En torva meditacion:
Don Mendo fijos los codos
Sobre el ancho velador,
Las sienes entre las manos
Y el cabello en confusion,
Como quien devora y siente
Secreto afan interior.
Su sombrío compañero,
De espaldas en el sillon,
Es un hombre á quien se puede
Partir la figura en dos.
Unas veces es un monge,
Ministro santo de Dios

Cuya presencia es consuelo
Á mundanal afliccion,
Cuyo rostro da franqueza,
Cuya magestuosa voz
Aconseja dulcemente
Dando calma al corazon.
Otras es un hombre osado,
Duro, hipócrita, ó traidor,
Que aguarda en faz misteriosa
Una pensada ocasion:
Un tigre que acecha oculto
La presa que descubrió,
Y hace que duerme tranquilo
Para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos
Dirian que hace oracion,
Mas arden cuando los alza
En fuego fascinador;
Y al fijarlos en Don Mendo
Tan horrible es su espresion,
Que mas que monge, dijeran
Que semeja un salteador.
Á veces pintan la ira
Y á veces la compasion,
Y á veces pintan los zelos
Y otras veces el furor;
Y el orgullo y la vergüenza,
Y el duelo y la confusion,
Y la venganza y la rabia,
La constancia y el valor,

Á un tiempo brillaba en ellos...
Mas todo cambió veloz
Cuando Don Mendo la frente
De entre las manos alzó.
Fue otra vez el mismo monge
Amigo y consolador
Que la existencia de Abarca
En el combate salvó.
La mirada que Quiñones
Tendió angustiado en redor
Á la del monge pedia
Mas que justicia, perdon.
Mas el clérigo inflexible
En sorda y siniestra voz
Asi dijo entre los dedos
Deshilachando el ropon:
—Escuchadme, Mendo Abarca;
En negocios como el de hoy
Hasta que todo se aclara
Disimular es mejor.
Solo un medio se me alcanza:
Pues que capellan soy yo,
Disponed que á vuestra esposa
Oiga un dia en confesion.—

Y esto diciendo brillaban
Sus ojos con tal fulgor,
Que semejaron la lumbre
De enrojecido carbon.
El marido, que turbado

Tal vez no le comprendió,
Replicóle:
— ¡Entonces, padre,
Lo alcanzareis solo vos! —
Á lo que el clérigo dijo:
— Muy torpe, Don Mendo, sois,
Pues se oye desde una alcoba
Lo que se habla en un salon. —
— Cierto, padre; pero... hay puntos
Que en ofensa son de Dios. —
— Cierto, Abarca, mas hay prendas
Que encierran tanto valor. —
— ¡No os comprendo! —
— Concluyamos
Tan necia conversacion;
Si sois hidalgo, Don Mendo,
Curad bien de vuestro honor,
Ó sufrid que el pueblo ria
Á vuestra faz... —
— ¡Eso no!
¿Decis que el pueblo se rie? —
— ¿Quién lo duda? —
— ¿Y tal baldon
Llevará junto mi nombre...? —
— El de marido, señor. —
— ¿Y mi esposa...? —
— Ha de in
Si es cierto que os engañó.
Ireis con ella á la corte,
Y han de mofarse de vos.

El rey os hablará de ella,
Y ha de mofarse de vos.
La verán al lado vuestro,
Y han de mofarse de vos,
Y os tendrán, á no vengaros,
Por necio, ó encubridor. —
— ¡Basta, padre, ó con la lengua
Os arranco el corazon,
Que verdades tan amargas
Las tolera solo Dios!
¡Basta á fé...! fingiré un voto
De una peregrinacion,
Su confesion en voz alta
La tomareis, padre, vos;
Pero dentro de la alcoba
La he de escuchar tambien yo. —

Y alzándose del asiento
Tomó Don Mendo el farol,
Dirigiéndose á una puerta
Que da paso á un callejon.
El clérigo le seguía
En ademan triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró:
— "Este mes hace tres años,
»Mañana al salir el sol
»Un crimen y un duelo mismo
»Tendremos que llorar dos." —
Tornóse Mendo, y pensando

Que dudaba preguntó:
—¿Qué decis, padre?—
—Rezaba:
Id adelante, señor.—

IX.

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pie de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monge de rodillas
Con un velo en la cabeza
Doña Leonor de Quiñones
Cristianamente confiesa.
El rojo sol de occidente
Reflejando en las vidrieras

Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra.
Y en los tapices tendiendo
Una ráfaga postrera,
Con paso incierto al huirse
Pasa de una en otra hebra.
Hay á un lado de la sala
Con un cerrojo una puerta,
Y en el otro un gabinete
Con una cortina negra.
La muger en faz humilde,
El monge en faz altanera,
Seguian la confesion
En preguntas y respuestas.
Pregunta el monge en voz alta,
Responde en voz débil ella;
Él pregunta: — *¿No es asi?* —
Y ella — *si padre* — contesta.
Parece segun lo exacto
Con que pregunta y acierta,
Que está el confesor leyendo
La pregunta en la conciencia.
Decia el monge:
— ¿Una noche? —
— Sí padre. —
— ¿Las doce eran? —
— Sí padre. —
— ¿Zumbaba airada
En las torres la tormenta? —
— Sí padre. —

—Amais á don Mendo?
—Sí padre.—
—¿Y sabeis que es fuerza
Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?
—Ved, padre, que yo dormia.
—¿Y quién guardaba las puertas,
Que asi osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?
¿Sabeis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignàmente
La fama y la honra agena?
¿Sabeis que son las mugeres
Solo un arca donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?
¿Sabeis que muger sin honra
Es solo un padron de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?—
—Ved, padre, que yo dormia:
¡No fue crimen, si no fuerza!—
—¿Y no pedísteis á Mendo
Venganza horrorosa y presta?—
—Faltóme, padre, el valor.—
—¡Luego fue traicion completa,
Pues que lanzásteis el dardo
Y escondísteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,
Clamó acelerada ella:
—¡Callad, padre, y si pequé
Imponedme penitencia!

En esto alzó la cortina
Don Mendo que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo:
—¡Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la pena!—

Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía
Sobre la alfombra la suelta.

Á su espalda en este punto
Horrible, insultante, hueca
Oyóse una carcajada,
Y el capellan con violencia
Poniendo mano al estoque
Gritó á Don Mendo en voz recia:
—"Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Rui Perez*,
Que há tres años que os acecha,

Que os acosa y os persigue,
Porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.



Soneto.

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
Hasta que por los bordes se derrame,
Y un vaso inmenso y corpulento dame
Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
En son medroso la tormenta brame,
Y el peregrino á nuestra puerta llame
Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
Deja que el recio vendabal sin tino
Con rauda inundacion tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,
Á mí, con tu perdon cambiando frase,
No me acomoda caminar sin vino.

Tempestad de verano.

Toledo 23 de Julio de 1834.

Fragmentos.

I.

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbre el sol,
Y el valle, el monte y el llano
Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pie del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
Tiene de turbio color,
Secas las fáuces que tragan
Abrasada aspiracion.

Tardos vagan los reptiles
De sus grutas en redor
Entre la tostada yerba
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor
Entre el follage sombrío
Su enamorada afliccion;

Ni estremeciendo las plumas
Al dar arranque á la voz
En dulces trinos gorgea
Armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado son,
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor,

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusion,
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor,

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñon
De una vana yerbecilla
Libre y caprichosa en pós.

Ni ladra el mastin atento,
Ni ahulla el lobo traidor,
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordon.

Ni en la ciudad ni en el llano
Ocioso ni reñidor
Aguarda en peña, ó esquina,
Amigo, dueña, ó maton.

Ni asoman dos ojos negros
Velando en un mirador
La estrecha y oscura calle
Con diligente atencion.

Todo calla inmoble y mústio
De Toledo en derredor,
Bajo la choza pajiza,
Bajo el calado arteson.

Que al lejos como la sombra
Del brazo airado de Dios
Avanza con dobles alas
Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
En apiñado escuadron,
Que encapotando los cielos
Van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
Brama oculto el aquilon,
El trueno encerrado muge,
Hierve el rayo asolador,

Y todo en informe masa,
En espantoso monton,
Sin fuerzas ni ley que basten
Á detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas
Como buque sin timon,
Como peñasco gigante
Que ancho volcan vomitó.

Doblan roncas las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibracion.

El firmamento desploma
En álito abrasador
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Solo el monge fatigado
Cruza tardo el callejon
Hácia el silencioso templo
Á alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reló,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oracion

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el son de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el porton
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

¡Hé aqui el negro nublado,
Que como hambriento dragon
Toda la lumbre del dia
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe despues que pase
Lo que ha de dejar en pós?
¿Quién de los que ora le vemos
Podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II.

Quedaron en calma un punto
Ambos á par aire y tierra
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo
Que mas que ilumina ciega
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira
La avara garganta seca,
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra,
El perro espantado ahulla
Y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas
Escucha, mira y recela.

Solo la afanosa araña
Su red y su caza deja,
É inmoble y pegada al muro
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada
Bajó una gota que apenas
Mojando el sitio en que posa
Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor; y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula espectativa
Todo calla y todo vela,

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza su cómplice
Al pie del cadalso llega,

Y duda y vacila y teme
Que se salve y que perezca,
Porque una palabra suya
Ó le salva ó le condena.

III.

¡Un relámpago!—al punto desatadas
El arena las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
El hombre amedrentado y temeroso
El recio temporal llamó á conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado
La lluvia y el granizo se desploman,
Y allá en su centro en círculo abrasado
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
Agua, granizo y viento se esparraman,
Y al hondo son del prolongado trueno
Talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierve el turbion, cegáronse las fuentes,
Los arroyos hinchados y bravíos
Bajaron convertidos en torrentes
Á desgarrar los diques de los rios.

Sus altaneras ondas vencedoras
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las hondas bramadoras
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores
No quedó senda, ruta, ni camino.

. . . .
. . . .

Y oran allí á los pies de los altares
En humilde tropel las criaturas
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje
Del templo gime el colosal cimiento
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarra el viento.

Crece el turbion: las sombras del nublado
Ancha guarida por el templo toman,
Y en el cristal del roseton pintado
Rápidos los relámpagos asoman.

Á veces como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras
Vacilan en los vidrios sacudidos
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalacion por fuera
Cada en los vidrios suspendida gota
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible
Donde sin leyes, ni prision, ni valla
Los espíritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca
Entre su red de góticas labores
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
Cada capilla un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
Que abierta en espantosa carcajada
Apenas el relámpago la toca
Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante
En rauda confusion saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere
Gestos, hachones, cruces, estandartes...
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
Á quien da faz y formas religiosas
Crédula y facil la oriental Toledo!

IV.

Y entre nubes purpurinas
peregrinas
De azulado tornasol
Tendió el iris á lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tul,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro dia
Arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada
Delicada,
Prenda mágica de paz
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasagero,
Mensagero
Del supremo Criador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo occidente
Transparente
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa,
Y luminosa
Al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves
Van las aves
Surcando el aura otra vez
Loändo en dulces rumores
Los primores
De tu escelsa brillantez.

Por tí en delicadas tocas
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por tí á través de su velo
Luz da al cielo
La luna en turbio crespon,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusion.

Por tí dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en pós
Como lámparas dudosas
Ostentosas
En el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro dia
Arco espléndido triunfal.



Recuerdo á N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscais á vuestras rápidas corrientes,
Y en un remanso recogido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
Sobre las calvas peñas destrenzadas
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas,

Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sones,
Felices sois pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquíticas pasiones
Al compas con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos
Rodais por esas mudas soledades,
En anchas ondas, ó en delgados hilos,
Por altas rocas, ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades;
¡Felices vuestras aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso
Bajo su tosco pabellon de pinos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes, y cruzad caminos
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y Aquilon azota
Vereis allí á Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga, y fiera.
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la vereis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creacion romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa frente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzareis la inmensa pesadumbre
De la alta puente de hendiduras llena:
De veinte siglos la contínua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y vereis cuán vanos
Junto á ese eterno y portentoso escombro
Parecen los escombros cortesanos
De otra mas flaca edad timbre y asombro.

Ellos al fin hundiéronse livianos,
Mas ese aun presta infatigable el hombro
Mostrando audaz á la flaqueza humana
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
Que yacen por los llanos estendidos,
Negras torres, desiertos campanarios,
Solares sin señor, templos hundidos,
En eriales y cuevas y calvarios
Y en olvidado polvo convertidos,
No pudieron guardar en la memoria
Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí estan esas góticas capillas
Orladas de magníficos relieves,
Cargadas de sutiles maravillas
En sus aéreos arabescos leves;
Ven, y en esas ruïnas amarillas,
Escrutadora edad, leë si te atreves
Por mas que rompas al pensar los diques
Mas que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo mas en tu camino
Y un poco mas tu huella profundiza,
Y de Alvaros y Enriques el destino
Se hundirá con la tierra quebradiza,
Y mañana pasando el peregrino
Al topar de sus huesos la ceniza
Dirá por conjeturas: *¡aqui fueron!*
Pero podrá jurar que *aqui murieron.*

Ahí queda en ese alcázar mutilado
Bajo los opulentos artesones
De reyes un espléndido senado
Con sus cetros, corónas y blasones;
Y hoy en su puente roto y derribado
Y en sus pintarrajeados murallones
Acaso en vano el pensador profundo
Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
Y tres veces tal vez le apuntalaron;
El uno vació en lanzas sus cadénas,
Y las lluvias del otro le minaron.
Cegó el otro de adoves sus almenas,
Y los tres al pasar le profanaron,
Cual copa asi que en el festin rompieron
Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos
Escombros hallan, débiles memorias
Que apenas en estériles despojos
Rastro dudoso dan de sus historias:
Donde quiera en fatídicos manojos
Huesos se hacinan y se esconden glorias,
Sin que sepan decir tantos osarios
Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
El nombre de la patria y la alta cuna
De la raza del pueblo poderoso
Que ató á sus pies el tiempo y la fortuna:

Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
Con que á la edad fatiga é importuna,
Con que de veinte siglos la carcoma
Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
Y en vano el ronco temporal le moja,
Y en vano sobre el monstruo macilento
Tan larga edad su pesadumbre arroja;
Que siempre altivo y grande y opulento
Ni el vendabal ni la vejez le enoja;
Y siempre rico en su ciudad derrama
Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
Agúas puras de fuentes cristalinas
Que hollais el césped y chupais los hielos
En esas cumbres á la luz vecinas;
Bajad del monte si abrigais desvelos
En vuestras soledades peregrinas,
Cansados ya de la desierta sierra
De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda
Donde entre brezos de color pajizo
Tiende la yerba trenzas de esmeralda
Con que á sus solas sus alfombras hizo,
Donde con flores de carmin y gualda
Corona vuestro espejo movedizo;
Hay una puerta en el hendido casco
De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo,
Ni crece á su dintel adelfa amarga,
Ni fiera alguna de talánte torvo
La linfa turba en su carrera larga:
Torced por ella vuestro curso corvo
Sobre el peñasco que el camino alarga
Hasta que vuestros rápidos cristales
Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
Por la ancha espalda del escelso puente
Reverberando las madejas de oro
Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
Bajad del monte en susurrante coro
Agitando la límpida corriente;
Vereis el sello con que el hombro doma
De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho
Do el puente os presta soledad y abrigo,
Veis por las grietas del canal estrecho
Tal vez llorando á mi amoroso amigo,
Si es que las llagas de su herido pecho
Consuelo admiten ó á su mal testigo,
Decidle que hay quien su pesar agora
Del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas
Fuentes sonoras, limpios arroyuelos
Que de esas cumbres á la luz vecinas
Hollais el césped y bebeis los hielos,

Si hallais en tantas flores las espinas
De sus antiguos y cansados duelos,
Dadle de vuestra fugitiva randa
Con el claro compas música blanda.

Y asi reviente en matizadas flores
Y en madreselvas vuestra verde orilla,
Y os preste sombra, arroyos bullidores,
La caña cimbradora y amarilla,
Y asi bajen los lindos ruiseñores,
La suelta garza y triste tortolilla
Á hundir en vuestras frágiles espumas
Los tiernos picos y esponjadas plumas.



A la niña C. D. G.

Niña que creces ufana
Flor temprana
De la vida en el vergel,
Ostentando primorosa
Flor pomposa
Tus mil matices en él;

Rie y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,
Mientras luce claro el dia
¡Vida mia!
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
Hoy sereno
Brilla espléndido tu sol,
Y con vivo lampo dora
De tu aurora
El purísimo arrebol.

Rie y canta, que este yerto
Gran desierto
Que llamamos mundo aqui,
Aun guarda blandos olores,
Ricas flores,
Y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia
Hay fragancia,
Calma, sombra, fresco y paz,
Sin que viento revoltoso
Tempestuoso
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
De la luna
Al tranquilo resplandor,
Mientras el aura estremece,
Y te adormece
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
Vaporosos
Blancos sueños delirar,
Sin temer que el desengaño
Vele uraño
Á tu lado al despertar.

Que los niños mientra os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre hallais un seno amigo
Que os da abrigo,
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra
Que á la piedra
Que os ampara os acogeis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debeis.

¡Ah! y podeis tornar los ojos
Sin enojos
Ni zozobra criminal
Á buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
Como armiños
En pureza y en candor;
Dulces prendas de consuelo
Que en su duelo
Da á los hombres el Criador.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el vergel;
Rie y canta mientras dura
La ventura
Y la paz que hallas en él.

Rie y canta tu alegre primavera,
Mariposa de cándido color,
Que te meces inquieta y pasagera
De arbol en arbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
Mientras en este yermo valadí
La ráfaga que abrasa al que la aspira
Brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada
Las dulces horas que de amor te dan,
Sin acordarte de la edad pasada,
Ni del dudoso y venidero afan.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
El puro halago del materno amor,
El labio atento al regalado beso,
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
Vivir amando, y para tí no hay mas,
En el regazo maternal dormida
Sin ver delante, y sin mirar atras.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,
Yo quiero amarte y delirar tambien;
Quiero gozar tus débiles abrazos,
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño
Los mimos inocentes lo que son,
Y cuánto calma un infantil cariño
La amargura y pesar del corazon...!

Ven, sentada en mis rodillas
Tus megillas
Amoroso besaré,
Beberé en tus ojos bellos
Cuanta vida encuentre en ellos,
Y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada
Fatigada
Te pluguiera dormitar,
Porque duermas muellemente
Alzaré confusamente
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
Estás, ¡mi vida!
Escuchándome decir,
Te contaré lindos cuentos
De fadas y encantamentos
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
Que con ellas
Sueñes, niña, sin cesar;
Te diré cosas tan suaves
Como el canto de las aves,
Y del aura el susurrar.

Rie, niña, y canta ufana,
Flor temprana
De la vida en el vergel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
La tormenta
Desgarre de una pasion,
Rie y canta mientra inerme
En la paz del tiempo duerme
Encerrado el aquilon.

Mientras lejos de tí braman,
Y esparraman
Las venturas del vivir
Los mundanos vendabales,
Tú las dichas terrenales
Apresúrate á reir.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el vergel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.



A UNA CALAVERA.

Fantasía.

— ¿Conoces á ese hombre? —
— No por cierto. —
— Mírale bien, y tómale las señas. —
— Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas. —
F. Cooper.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿Quién alcanzó jamas á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,
Geroglífico audaz, testigo mudo,
Que incrustó en los dinteles de la tierra
Quien sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa;
Tus huecos ojos y tu calva frente;
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oidos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvaríos
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fue, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y jóven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
Ó cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?
¿Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monges te llevaron
Á un templo, donde en pompa lastimera
Sobre un negro atahud te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¡Sin duda que gozáras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra impura
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta
En recinto comun tener contigo
Un pueblo, un trono, un ara, y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones
En el metal del ara te veías,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohin, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te escitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
Los dedos de marfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecía
En confusion, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espiaban
Los ojos del mancebo irreverente
Á cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespon y flores,
Que por ageno parecer sujeta
Á los pies del altar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
Contemplar en el polvo reunida
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta
Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirios y aprestar orquesta,
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
Á cuanta juventud, pompa y belleza
Vejeta en una tierra condenada
Á acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la voz primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa
Siendo en un funeral la calavera,

Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazon de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pie como un juguete,
Y reir de la esclava muchedumbre
Á la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!
Entre un harapo inútil é irrisorio
Un esqueleto seco y cercenado
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡regia pompa!
¡Donde vamos los míseros mortales
Al ronco son de la funesta trompa
Á cantar nuestros propios funerales!

¡Donde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
"Ríete y bebe, miserable, y danza,
Mientra en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza."

¿Y no ries, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festin como cualquiera
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
Con tus huesos ceñir una cintura
Y preparar en la desierta boca
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros dias,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarias
La dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso,
Sin duda que en ensayos seductores
Sondáras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo
Ansiarias de grandes y de dueños
Los que no dividieron ¡ay! contigo
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzáras temerario
En pós de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano
Engalanada, y facil, y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿qué te falta para bien tamaño?
¿Una piel transparente y delicada
Que cubra el espantoso desengaño
Del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel? manto gastado
Que nos presta al nacer la tierra ruda,
Serás una beldad que han convidado,
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡Oh! ven á delirar donde deliren,
Y serás la verdad á quien adoren,
Y el espejo serás en que se miren
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
Á cantar donde canten, las botellas
Á apurar donde en órgia las apuren
En ébria confusion ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
Y con todos tambien jura y blasfema,
Hasta que doblen la cerviz beodos
Para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre
Porque su raza al pasar
El suelo en su viaje alfombre;
Firma fatal cuyo nombre
No se alcanza á deletrear;

¿Y es cierto, cráneo pajizo,
Que aunque pese al corazon
Eres tú para quien se hizo
Tanta gala y tanto hechizo,
Tanta y tanta creacion?

¿Es cierto que en otros dias
Con otra faz y otra tez
Como yo vivo, vivias,
Como yo rio, reías,
Ageno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos
Dos ojos aposentabas
Vivos, inquietos, redondos,
Y que esos dientes hediondos
En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roida megilla
Brillaron matices bellos
En tu tierna edad sencilla,
Y que en tu sien amarilla
Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca
Sin contornos ni calor
Que hoy solo la muerte evoca,
Manó en tu esperanza loca
Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso
En suavísimo embeleso
Á un amante cariñoso
Demandaba voluptuoso
Regaladísimo beso?

¿Que tal vez sabio profundo
Pasabas tus largas horas
Sombrío y meditabundo
Buscando avaro en el mundo
Venturas engañadoras?

¿Que tal vez el ojo atento
Sobre un libro amarillento
En tu amarga soledad,
Se agotó tu pensamiento
Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez señor mundano
De alcázares y jardines
Viviste torpe y liviano
Entre tropel cortesano
En impúdicos festines?

Y ese mundo valadí
Sabio, amante, loco, ó rey,
Te trajo con mofa aqui
Diciéndote: "esta es la ley,
Cadáver, descansa ahí."

¡Oh! ¡nada nos deja ver
De tus historias de ayer
Tras de tu faz deleznable
Tu máscara impenetrable
Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
Vaga, insondable verdad
Que tu inmoble gesto escuda,
Esa verdad que desnuda
La invisible eternidad.

:

Y el pensamiento altanero
Viene á estrellarse ¡ay de mí!
En ese gesto severo,
Que es un centinela fiero
De lo que hay detras de tí.

En vano dentro la mente
Se rebelan revoltosas
Las ideas locamente
Creándose de repente
Teorías mentirosas;

Todas vienen á espirar
En tus cóncavos vacíos,
Cual las fuentes van á dar
Sus arroyos á los rios,
Y los rios á la mar.

En vano la vida entera
Contra tu verdad conspira,
Desdeñosa calávera,
Que todo en tú faz severa
Se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada
Al soplo de la tormenta,
Por el tiempo descarnada,
Cuya vida inanimada
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,
Y en tu irónica sonrisa,
Y en esa hendida y entera,
Seca y solitaria hilera
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
Como una cosa caida,
Como inútil prenda agena
Á quien nadie juzga buena
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros
Que un dia te sustentáran
Volvieran á estos escombros
Á buscarte, ¡con qué asombros
De placer te acariciaran!

¡Oh! si alzándote una vez
Aun te pluguiera ostentar
La perdida esplendidez,
Y quisieras tu hediondez
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
Unos cabellos postizos
Que en madeja reluciente
Cayeran confusamente
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
Velaras altiva tú
Con minucioso decoro
Entre nacar, perlas y oro
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
Entre las flotantes plumas,
Los collares y el cabello,
Velos echando sobre ello
Tan sutiles como espumas;

Y el repugnante mohin
De tu inmoble rostro viejo
Con esa risa sin fin
Asomaras á un festin
Tomándole por espejo!

. . . .

Si acaso rey destronado
Te se antojara salir
Para ver dó está enterrado
El ejército arrojado
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto
Do fue tu postrer batalla
De aquel mausoleo abierto
Tu pueblo evocaras muerto
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa
Despertando con asombro
Tu nacion volviera ansiosa
Trayendo el arnés al hombro
En faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡diabólico senado,
Medrosa, horrible ilusion,
Ver tanto esqueleto armado
En torno un rey convocado
Al dintel del panteon!

Y si vagáran errantes
Ensordeciendo la tierra
Combatiéndose pujantes
Con clamores insultantes
Pregonando su impía guerra...

¡Ah! ¡delirios son del alma,
Que no te alcanza, Señor,
En los terribles secretos
De tu infinita creacion!

En los tormentosos dias
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pós,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmobles
Sin miradas y sin voz.

En tódas esos despojos,
En cuya horrible atencion,
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz,

En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazon
La triste palabra NADA
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre
Que de tu mano salió,
Hecho á semejanza tuya,
Aborto digno de un Dios?

¿És esta, Señor, la vida,
Que como una maldicion
Nos carcome cuanto bello
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusion
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
En melancólico son,
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce caliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
Los jazmines jugueton
Salpique con que la pródiga
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando
De las playas en redor,
Y le azote y le sacuda
Revoltoso el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centró adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso monton;

Si todo no es mas al cabo
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteon?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de afliccion?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba
Al salir de esta mansion
Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blason
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

—¿Qué espera? — Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteon,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa: —¡A Dios!—

NOTAS.

(1) La última luz. Esta fantasía se publicó ya en el tomo primero. No siendo sin embargo mas que parte de una composicion que el autor no pensaba nunca concluir, se toma ahora la libertad de publicarla con el resto de la tal composicion, porque precisamente sucedió lo contrario. *La composicion se concluyó*, y esto prueba sin duda la inconsecuencia de los pensamientos humanos.

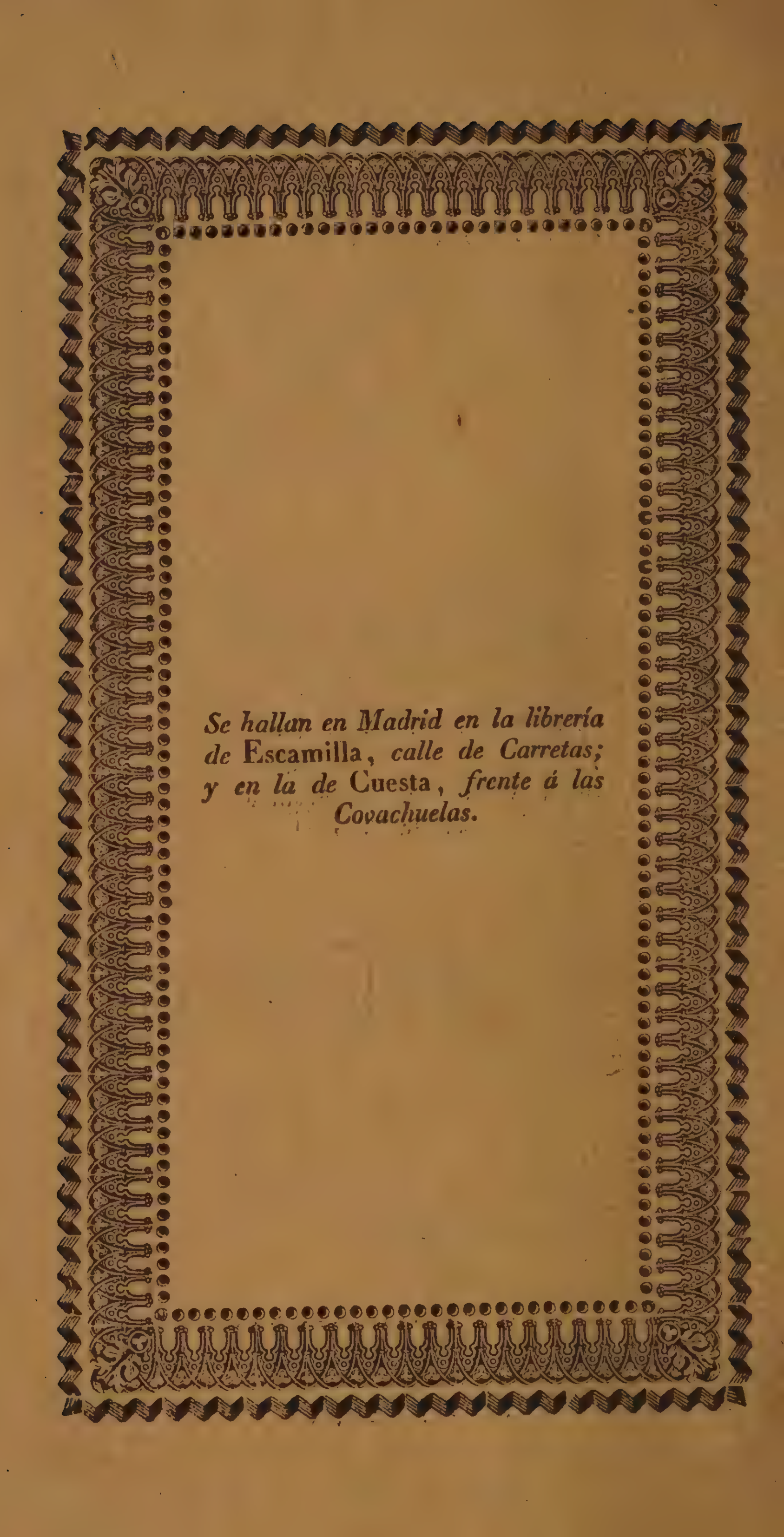
(2) muza ben abul gazan. Gefe de la caballería granadina de Boabdil, despues de haberse opuesto con toda su resolucion á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se salió despechado de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dícese que sin respetar la tregua estipulada entre don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acabar á sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado á estocadas.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

Páginas.



Se hallan en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas; y en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

